

## LIBRO CUARTO.

Proyectos de matrimonio para M. el duque de Berry.—Consideraciones políticas que dictaron la elección de Luis XVIII.—M. de Blacas enviado á Nápoles á pedir la mano de la princesa Carolina.—El duque de Berry había debido unirse antes á una princesa de Nápoles.—Su viage á Italia en 1800.—Su carta á M. Acton.—Carta del duque de Berry á la princesa Carolina.—Publicación de amonestación en la iglesia de San German l' Auxerrois.—Carta del duque de Berry á la princesa el día de la celebración del matrimonio por poderes.—Fiestas en Nápoles.—Llegada de la princesa á Marsella.—Composición de su casa.—Su mansión en el lazareto.—Su entrada á la ciudad.—Entusiasmo de los provenzales.—Aspecto magnífico de Marsella.—Ceremonial observado en la casa de la ciudad de Marsella.—Entrega de la persona de la duquesa de Berry al duque de Havré.

El ejemplo de desinterés que acababa de dar el príncipe de las Dos-Sicilias, no debía quedar sin recompensa, y pertenecía al jefe de la casa de Borbon reconocer lo que en esta acción había de noble y elevado.

Desde los primeros momentos de la restauración no había dejado el rey de pensar en el matrimonio del duque de Berry su sobrino. La stirpe de Luis XIV parecía próxima á estinguirse por la esterilidad del matrimonio del duque y la duquesa de Angulema, y era necesario mostrar el trono rodeado de numerosos vástagos de la sangre real. No era bastante que la corona estuviese fortalecida con recuerdos, era también indispensable que la consolidasen las esperanzas, y el porvenir de pie al lado del trono, aseguraba lo presente.

No era, á la verdad, cosa fácil la elección de la princesa que debía ser llamada á perpetuar la raza de Luis XIV. En aquella época, la Francia perdien-

do, por un golpe de fortuna, la supremacía europea que por tanto tiempo ejerciera, debía recobrarla con su alianza al pueblo que prefiriese á las demás naciones: tan grande y poderosa es la Francia aun después de sus reveses. En una situación en que la política exigía que se tuviese consideración á todos los gabinetes, cómo elegir entre los dos grandes sistemas de alianzas, que principiaban á establecerse en Europa. Si se iba á Rusia se alarmaba á la Inglaterra y el Austria. Si la balanza se inclinaba hácia el Austria, se quitaban á la Francia las ventajas que podía esperar de su alianza con la Rusia. No se habían espermentado ya en el primer congreso de Viena, los inconvenientes de una política decisiva y absoluta, en circunstancias en que todo era vago ó indeciso. ¿A la explosión de los cien días, la Francia, el Austria y la Inglaterra de una parte, la Rusia y la Prusia de la otra, no parecían en el momento de un rompimiento? Lo que en aquel momento necesitaba el país, era la paz, y la paz no podía asegurarse sino por la neutralidad de la Francia. El Austria y la Inglaterra temerian comprometerse con el gabinete de san Petersburgo, siempre que pudiesen encontrar á la Francia en línea con él. El gabinete de san Petersburgo no querria esponerse á los azares de una guerra continental, en tanto que tuviese que contar entre las eventualidades de un rompimiento, la alianza íntima de la Francia con la Inglaterra y el Austria.

Abandonóse pues el proyecto de enlace con una princesa rusa, que se había negociado un momento en 1814. La política natural del gabinete de las Tullerías era mostrar en todas partes la influencia francesa, sin fijarla en ninguna. Por este medio se hacia dueño de la situación é imponía á todo el mundo la paz, de que

tenia tanta necesidad para cicatrizar las heridas de pais, aniquilado por dos años de reveses y veinte años de victorias.

Esta política indicaba á la eleccion del rey Luis XVIII una alianza de familia. En consecuencia pues, envió á M. de Blacas á Nápoles, á fin de pedir la mano de la princesa Carolina, hija mayor del príncipe heredero, para M. el duque de Berry.

Este enlace de un príncipe francés con una princesa de las dos Sicilias, no era un proyecto nuevo en el espíritu del rey. Era uno de los pensamientos de sus dias de adversidad, que su prosperidad recordaba. El duque de Berry debía, durante la emigracion, haberse casado con la princesa Cristina hija del rey de Nápoles. El caballero de Vernegue habia estado encargado de negociar este matrimonio; el conde de Chastellux, nombrado ministro plenipotenciario de Luis XVIII cerca de la corte de Sicilia, habia continuado despues la negociacion empeñada, y habia recibido en fin credenciales con poder para concluir este negocio. Entonces el duque de Berry se dirigió á Palermo, á cuya corte no pudo menos de agradar. El matrimonio estaba ya casi decidido: el príncipe francés recibió aun una pension de veinte cinco mil ducados, que las desgracias y las vicisitudes del tiempo no tardaron en quitarle. Habiendo la reyna dejado á Nápoles, con las princesas sus hijas, para hacer un viage á Viena, el duque de Berry se dirigió á Roma, para servir en el cuerpo napolitano que ocupaba aquella ciudad. Habia en aquella corte, en la cual se le amaba ya, una graciosa criatura de edad entonces de dos años; y el príncipe no podia imaginar que la casualidad le mostraba en ella á la que el embajador del rey Cristianísimo vendría un dia á pedir á su abuelo, para unirle al segundo hijo de Francia, y que

era la futura duquesa de Berry, la que desde la cuna se sonreia con él sin preveer que contenia sus mas bellas esperanzas y su mas dulce porvenir.

El matrimonio del duque de Berry decidido por los hombres, no habia sido ratificado por la Providencia, por lo tanto falló como debia fallar. El príncipe recorria á Roma como artista, cuando las noticias del ejército de Condé vinieron á recordarle que era Borbon, es decir, soldado. Siguió, pues, su instinto y marchó á donde estaba la guerra. El ministro Acton, que no le era favorable, aprovechó esta coyuntura para indisponerle en el espíritu del rey. El le acusó de haber dejado su puesto en Roma, sin permiso del monarca napolitano, como si el puesto de un hijo de Francia no fuese aquel en donde está el peligro. Es necesario confesar que el duque de Berry no mostró en esta circunstancia la habilidad en las negociaciones, de que su primo el de Orleans debía dar pruebas diez años mas tarde. ¡Cosa singular! un príncipe de la rama primogénita, y otro de la rama menor de la casa de Francia, debian presentarse en la corte de Nápoles con el mismo objeto. Se ha visto cual fué la conducta del duque de Orleans; he aquí la que observó el duque de Berry.

Sus escaseces llegaban al extremo, y los padecimientos de sus amigos pesaban sobre su corazon aun mas que los suyos propios. El dividia con ellos su pobreza como habria dividido su fortuna. Todo le faltaba á un tiempo; y este matrimonio que era su última esperanza, parecia decididamente roto. Sus cartas al rey y á la reina quedaban sin respuesta. El no queria, y á decir verdad, no podia volver á Nápoles: se apreciaba demasiado la vida en aquel pais, para que el nieto de Luis XIV pudiese vivir en él. Quejábase de que M. Acton no le hablase con franqueza,

y de que usase con él aquellos rodeos y aquella reserva tan inútiles con un hombre en la posición en que él se hallaba. Por último le escribió esta carta, en que está pintada su alma por entero.

«Os escribo, señor, con la franqueza de un Borbon, que habla á un ministro de un rey también Borbon, de un rey que no ha cesado de mostrar una generosa adhesión á la parte de su familia tan cruelmente tratada de la fortuna.

«He sabido con el mas vivo dolor, que el rey ha desaprobado mi resolución de dejar á Roma para unirme al ejército de Condé. La nobleza fiel con quien he hecho ocho campañas, no habia visto jamás disparar un fusil, sin que yo me hallase á su cabeza. En el momento en que mi hermano acababa de unirse á ella, me escribía: *Atacaremos el 15 de setiembre*. Si yo hubiese esperado las órdenes del rey, perdía tiempo; así que, partí inmediatamente. He llegado el 15, y el 16 estábamos en el vivac debiendo atacar al día siguiente. Jamás habria yo dejado el ejército napolitano, si hubiese estado al frente del enemigo; pero todo parecia indicarme por aquella parte la mayor tranquilidad. Despues que se ha hecho la paz, os he escrito tres veces, sin recibir contestación alguna vuestra: esta incertidumbre es cruel. ¿Por qué no decirme francamente la voluntad del rey con respecto á mí? Yo habria sido tan feliz como puede serlo el que se halla fuera de su país, viendome unido á la familia de Nápoles, y debiendolo todo á tan buenos parientes. Pero las circunstancias impiden esta unión. ¿Molestaría acaso mi presencia? La asignación que se ha tenido la bondad de concederme sería tal vez un gravámen en un momento en que las rentas del rey están tan cruelmente sobrecargadas? Yo lo pongo todo á sus pies, con el mismo reconoci-

miento; solamente os suplico tengais á bien hacer continuar el pago de los cinco mil ducados que el rey ha tenido la estrema bondad de conceder á los oficiales de mi casa. Estos caballeros han abandonado todos sus fortunas por seguirme. Yo nada reclamo para mí mas que lo pasado. No he tenido hasta aquí otros recursos que la generosidad del rey; ¿pero sabeis seguramente los atrasos que he experimentado? Esto me pone en el mayor apuro. No teniendo nada mio, miraría como una infamia el contraer una deuda.»

Este mismo príncipe era el que despues de haber llevado la adversidad, como sus antecesores llevaban el cetro, despues de diez y seis años transcurridos en todas las vicisitudes de la fortuna contraria, en tanto soldado, viagero, artista, siempre desterrado y proscrito, restituido ahora á su querida patria, y remontando al rango de sus abuelos, pedía á la princesa Carolina hiciese la ventura de su prosperidad, como habia pedido en otro tiempo á otra princesa de la misma familia hacer el consuelo de su tristeza y su destierro.

La carta en que M. el duque de Berry hizo á la princesa la petición de su mano, en tanto que M. de Blacas negociaba oficialmente su matrimonio cerca de la córte de Nápoles, estaba concebida en estos términos:

Paris 8 de febrero de 1816.—Señora, mi hermana y prima:

«Largo tiempo hacia que yo deseaba obtener la aprobación del rey vuestro abuelo y del príncipe vuestro padre, para formar una petición, de la que hago depender la felicidad de mi vida; pero antes de obtener su asenso, vengo á solicitar de V. A. R. se digne confiarme la ventura de su vida, uniéndose á mí. Me atrevo á lisonjearme con que la edad, la es-

periciencia, y una larga adversidad me han formado bastante para hacerme digno de ser vuestro esposo, vuestro guia, vuestro amigo. Al dejar unos parientes tan dignos de vuestro amor, encontrareis aqui una familia que os recordará el tiempo de los patriarcas. ¿Que podré deciros del rey, de mi hermano, de Monsieur, y sobre todo de este ángel, la duquesa de Angulema, de quien no habreis oido decir sino que sus virtudes, su bondad son muy superiores á todos los elogios que pudieran hacerse? La unión mas intima reina entre todos nosotros, y jamás se vé turbada. Mis parientes desean todos con impaciencia que V. A. R. colme mis votos, y que consienta en aumentar el número de los hijos de nuestra familia. Servios, señora, rendiros á mis ruegos, y apresurar el momento en que podré poner á vuestros pies el homenaje de los sentimientos respetuosos y tiernos, con los cuales soy, señora, mi hermana y prima, de V. A. R. el mas afectísimo hermano y primo.— «Carlos Fernando.»

Los preliminares de este matrimonio, vivamente deseado por los dos gobiernos, y por las dos partes, marchaban con rapidez. Se habian publicado las amonestaciones en San German l' Auxerrois, en el tenor siguiente:

AMONESTACION. «Hay promesa de matrimonio entre el muy alto y muy poderoso príncipe Carlos Fernando de Artois, duque de Berry, hijo de Francia, hijo del muy alto y muy poderoso príncipe Carlos Felipe de Francia, conde de Artois, Monsieur, hermano del rey y la difunta muy alta y muy poderosa princesa madama, condesa de Artois, su esposa.»

«De una parte.»

«Y la muy alta y muy poderosa princesa María

Carolina, princesa de las dos Sicilias, hija del muy alto y muy poderoso príncipe Francisco Javier José, príncipe heredero de las dos Sicilias, y de la muy alta y muy poderosa princesa María Clementina, Archiduquesa de Austria su esposa.»

«De otra parte.»  
«Por copia conforme con el original aprobado y firmado por S. M., que queda en nuestro poder.—  
«El marqués de Dreuz Brezé.»

¿No era justo y natural que la casa de Borbon diese parte de sus alegrías domésticas á la Francia?

El dia de la celebracion, por poderes, del matrimonio, M. el duque de Berry escribió tambien á la princesa la carta siguiente:

Paris 25 abril 1816.

Vuestra amable carta me ha causado un placer que no puedo espresaros, Señora, y querida esposa, porque á esta hora ya nos hemos dado nuestra fé; desde este dia estamos unidos por los sagrados lazos del matrimonio, lazos que yo trataré siempre de hacer suaves. Vos os dignais darme gracias por haberos elegido compañera de mi vida; y cuantas no debo yo á V. A. R. por haber accedido tan pronto á los deseos de vuestros escelentes parientes! Conozco cuanto debe costaros el dejarlos, venir casi sola á un pais extranjero, aunque muy luego no lo será para vos, para uniros á un hombre á quien no conocéis. Yo he formado vuestra casa, de señoras cuya virtud y dulzura me son conocidas: el rey ha aprobado esta elección. Vuestra dama de honor, la duque de Reggio (1), siente hasta el estremo no poder ir á vuestro

(1) Todas estas elecciones eran felices: M. el duque de Berry dió prueba, sobre todo, de una rara sagacidad, eligiendo para dama de honor de la joven princesa, á la mariscalda

encuentro; madama de Laferronnays vuestra camarera, hermana de la condesa de Blacas, será la primera que tendrá el honor de seros presentada; es un modelo de virtud, y de amabilidad, y os la recomiendo particularmente: ella os presentará las demas señoras de vuestra servidumbre. El duque de Levis, vuestro gentilhombre, es un hombre tan distinguido por sus cualidades como por sus talentos. El conde de Mesnard, vuestro caballerizo mayor, es un caballero leal, que no ha vuelto á Francia sino conmigo. En fin, cuando los conozcais, no dudo los encontréis dignos del honor de estar á vuestro lado.

¡Con qué impaciencia espero la noticia de vuestra llegada á Francia! ¡Cuán feliz seré, mi muy amada esposa, cuando pueda llamaros con este dulce nombre! Todo lo que oigo decir de vuestras cualidades, de vuestra bondad, vuestro talento, vuestras gracias, me enagena y me hace desear ardentemente veros y abrazaros como os amo.—*Carlos Fernando*

duquesa de Reggio. Descendiente de una de las mas antiguas familias de Viterbo, la señorita de Concy habia recibido en el fondo de su provincia una educacion moral y religiosa: pero nada habia podido prepararla al destino que su matrimonio la llamaba á desempeñar. Transportada á los diez y ocho años á un inmenso teatro, sin saber el papel que debia ejecutar, puede decirse que adivinó, mas bien que aprendió la difícil ciencia de las cortes: ella se hizo notable por la gracia de sus maneras, por un tacto esquisito y por la solidez de un juicio precóz. En la época de la guerra de Rusia, el mariscal habia sido gravemente herido: sorda á las instancias de sus parientes y de sus amigos, partió en medio del invierno, para ir á seiscientas leguas de su pais, á prodigar á su marido en el lecho de dolor, los mas activos y tiernos cuidados: toda su fuerza estaba en el sentimiento del desempeño de su deber. Aquella devocion sin fausto, aquella noble conducta, aquel espíritu elevado designaban á madama de Reggio á la eleccion de duque de Berry, y la destinó el primer lugar en la familia

Como ya hemos dicho, el dia en que M. el duque de Berry escribia esta carta, en la capilla del rey en Nápoles, se celebraba la ceremonia de su desposorio. El infante Leopoldo, príncipe de Salerno, encargado de sus poderes, daba la mano en su nombre á la princesa Carolina, y el cardenal arzobispo de Nápoles bendecia aquella union en presencia de toda la grandeza de Italia.

Llegó, por fin, el dia señalado para la partida de la princesa. Sobre las dos costas francesa é itálica, que desde lejos se miran, se preparaban las fiestas de la llegada al frente de las fiestas de despedida. Nápoles parecia haberse agolpado todo entero á la orilla del mar, en el cual se complace en mirarse: sobre aquel anfiteatro, testigo eterno de las fiestas de un momento y de las pasajeras alegrías, toda una poblacion rodeaba á la princesa que la dejaba, con sus aclamaciones y sus flores, en tanto que el cielo azul

de la joven duquesa. La opinion pública ratificó esta eleccion, y en el espacio de trece años que ha tenido el honor de desempeñar sus funciones al lado de la princesa, siempre se ha mantenido al nivel de su alta posicion. Conociendo la pasion de Madama por las artes, su gusto por las letras, su tierna solicitud hácia la indigencia, ella miraba como la mas noble ocupacion de su vida, la de señalar el mérito para su recompensa, los talentos para darles estímulo, los artistas para protegerlos, y los necesitados para derramar en ellos los socorros: no se dirigia á la princesa un homenaje poético ó literario, sin recibir casi en el mismo instante una respuesta graciosa, y cuando la penuria de su tesoro, que no era inagotable, como su magnificencia, la obligaba á suspender el curso de sus liberalidades, madama de Reggio respondia en su nombre con aquella perfecta bondad que consuela á los que no puede olvidar. Ocupada sin cesar en hacer conocer á Maria Carolina, para hacerla amar, puede decirse que jamás princesa alguna ha encontrado mas digno intérprete, ni mas noble eco de sus pensamientos generosos.

y puro sonreía á las cortas felicidades de la tierra, y el Vesubio se elevaba en un ángulo del cuadro, triste y amenazador como la desgracia. Pero todas las ideas de la duquesa de Berry eran esperanzas. No era, á la manera que en otro tiempo, como fugitiva y desterrada, como dejaba ahora la joven princesa la capital de su reino. Su familia quedaba sobre el trono de Nápoles, y ella iba á encontrar otra rama de la misma sobre el trono de Francia.

La acogida que la esperaba en Marsella la hizo olvidar los adioses de su bella Italia. Es sabido el entusiasmo realista de las provincias meridionales; pero en aquella ocasion se desplegó con una viveza incomparable. Al primer golpe de vista, la Provenza juzgó que la duquesa era francesa en la cabeza y en el corazón, y se decidió á amarla como se ama en Provenza, con aquel calor de sentimiento, aquellas aclamaciones, aquella embriaguez que no se encuentra sino en aquellas poblaciones vivas y ardientes que, en sus odios como en sus amores, parecen introducir un rayo de su hermoso Sol.

Un destacamento de la Guardia Real se había dirigido á Provenza para servir de escolta á Madama. La duquesa de Reggio, madama de la Ferronays, madama de Bouillé, madama de Gontaut, M. el duque de Havré, el duque de Levis, el conde de Mesnard, esperaban en Marsella la llegada de la princesa. Los diez dias que duró la cuarentena se pasaron casi sin dormir, tanto por parte de la princesa, como de la ciudad. Marsella se cubria durante el dia de banderas, festones y flores, y las iluminaciones cuyos resplandores brillaban toda la noche le hablaban tambien del entusiasmo que excitaba su presencia.

El 30 de mayo hizo su entrada en la ciudad, con-

ducida en una falua dorada, dirigida por veinte y cuatro remeros vestidos de raso blanco y de una banda azul y dorada, colocada bajo un dosél de terciopelo carmesí adornado de franjas de oro, y superado de una corona de formas colosales. Guarnecida bajo el estandarte real de las armas de Francia y de Navarra, que, agitado por un blando céfiro, se desplegaba magestuosamente en los aires, se avanzaba en medio de un bosque de navios cubiertos de follage y banderolas, y parecia la joven soberana de aquellos mares, pronta á desembarcar en aquella ribera, donde la Provenza entera se oprimia para recibirla. Todas las ventanas estaban adornadas de mugeres, de banderas y de guirnaldas. La guardia nacional y la tropa de línea se hallaban formadas en las calles y plazas; los terrados de las casas estaban cubiertos de una inmensa multitud. El estampido del cañon, las aclamaciones que se elevaban hasta el cielo, todas las miradas fijas en un mismo punto, todos los corazones llenos del mismo sentimiento, todos los espíritus ocupados de la misma idea; aquel entusiasmo popular, aquel sol tan puro reflejándose en aquella hermosa rada, donde las mas poderosas flotas encuentran capacidad; la antigua ciudad á la izquierda, con sus murallas de otra edad, aquellos muelles tan vivos y tan animados; á la derecha nuestra Señora de la Guardia, cuyo campanario sube hácia el cielo como la oracion, elevándose del seno de la ciudad piadosa; al rededor de la ciudad aquella profusion de granjas que, sembradas en medio de bosques de mirtos, de naranjos, limoneros y granados, parecen un cinturón de follage y de flores arrojado al descuido en derredor de Marsella: á la espalda tambien aquellas montañas asperas y erizadas, con que, la ciudad que se atrevió á tentar la fortuna contra el mismo César,

parece ceñir sus riñones como un formidable atleta; habia en aquellas alegrías humanas, y en aquellas bellezas naturales, en la magnificencia del espectáculo, y en la sublimidad del lugar que le servía de escena, una emoción y una embriaguez, que llenaba el alma de la duquesa de Berry, y se desbordaba en los de todos los espectadores.

La embarcación de la princesa iba mandada por M. de Damas y M. de Villeneuve, el uno capitán y teniente el otro de Navío. Un destacamento de la Guardia Real, otro de tropa de línea, y otro de la guardia nacional se hallaban colocados en ella, y se habia admitido también otro de la Guardia Real Siciliana, cuyo servicio debia concluir en la casa de la ciudad de Marsella, cuando se hubiese hecho entrega de la persona de madama la duquesa de Berry al enviado del rey su tío.

El ceremonial de los reales desposorios fué observado en todos sus pormenores.

La casa de la ciudad conforme á los usos diplomáticos, habia sido declarada país neutral, por una acta especial. Las piezas situadas á la derecha del salón estaban dispuestas para recibir á la princesa, así como á su familia napolitana y al embajador del rey su abuelo. En aquella parte del edificio se arboló el pabellón napolitano. Las piezas á la izquierda quedaban como propiedad del rey de Francia. Allí estaban madama de Reggio, madama de la Ferronays, madama Gontaut, y los señores duque de Havré, duque de Levis, conde de Mesnard, y toda la servidumbre francesa de la princesa. En aquel costado ondeaba el pabellón francés.

Desde que la princesa habia salido de la falua, los guardias de corps sicilianos habian formado solos su acompañamiento: formáronse en línea en el salón

bajo el estandarte de su nación, y los guardias de corps franceses hicieron otro tanto en su lado.

La puerta principal del salón estaba guardada por dos ugieres de la cámara del rey: en el centro habia una mesa cubierta de un tapete de terciopelo verde con franjas de oro, con todos los recados de escribir.

Habiáanse elegido para acompañar á la joven princesa y representar al rey su abuelo, al príncipe de San Nicandro, hijo del antiguo ministro de Fernando IV. El conde de Latour era su gentilhombre: el resto de su servidumbre napolitana se colocó en su puesto, y la princesa María Carolina marchó hácia el salón. Sentóse al medio de la mesa en el lado napolitano, teniendo á su derecha al príncipe de San Nicandro, y á su izquierda un poco á la espalda, á su dama de honor, y las otras damas que la acompañaban. En el momento en que salió de su cuarto, los duques de Havré y de Levis, las duquesas de Reggio, de la Ferronays, el conde de Mesnard, y madamas de Gontaut y de Bouillé, únicas damas que habian venido á Marsella, entraron por el otro lado, y se colocaron de pie delante de S. A. R.

Entonces tuvo lugar la entrega de la princesa, que se efectuó según el protocolo de los enlaces reales. Después de la lectura de varios documentos oficiales, y de puestas las firmas, después de muchos discursos que la Sicilia, que tenia la derecha del salón, dirigió por boca del príncipe de San Nicandro, y de los nobles sicilianos que le acompañaban, á la Francia situada en el lado izquierdo, y que respondió por la boca del duque de Havré, y de las autoridades municipales colocadas á su espalda, concluyó la ceremonia, bien á gusto de la princesa á quien principiaba á fatigar ya toda esta etiqueta. M. de San Nicandro conduciendo á S. A. R. la presentó al embaja-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
SICILIA ALFONSIANA

dor de S. M. Cristianísima. M. de Havré hizo á la princesa pasar al otro lado de la mesa, y fué francesa con solo dar tres pasos.

Una salva general de toda la artilleria de los fuertes, las murallas y los navios, anunció este momento.

Entonces la princesa entró en las habitaciones situadas en la parte de la casa de la ciudad que pertenecía á la Francia, rodeada ya de su servidumbre francesa, que principiaba desde aquel momento su servicio cerca de su persona. Sus damas la desnudaron, y los vestidos que tomó en seguida fueron todos de las manufacturas del reino. Interesante emblema, que la advertía que en adelante todo debía ser francés en su persona.

El desenlace de la ceremonia reparó á los ojos de la princesa, su interminable longitud, y los fastidios de una etiqueta, cuya alta importancia no apreciaba. Al estremo de algunos pasos que cambiaron su destino y su patria, ella se encontró francesa, no solamente de nombre, sino de corazon. Tenia tan poco que hacer para serlo! Su espíritu y su alma se habian adelantado á las metódicas lentitudes del ceremonial. Sus primeras palabras habian sido estas al tocar el suelo de la Francia: «Hé ahí mi patria.» Y mostrando á los franceses; Hé ahí mi familia.»



## LIBRO QUINTO.

Itinerario de la duquesa de Berry de Marsella á Fontainebleau.—Aix.—Orange.—Montelimart.—Valencia.—Viena.—Leon.—En Leon es arengada por M. Bastard de Lestaug.—Recibe á los artistas.—Sus cartas al duque de Berry.—Respuestas del príncipe.—El bosque de Fontainebleau, la cruz de Saint Heren.—El rey y la familia real reciben á la duquesa de Berry.—Etiqueta y ceremonial.—La alfombra es neutral?—La princesa se arroja á los pies del rey.—Su entrada en París.—Ceremonial del desposorio en la iglesia de nuestra Señora.—Regocijos y amnistia.

Para dirigirse á Fontainebleau, en donde la esperaba el rey, la familia real y el duque de Berry, madama la duquesa tenia que atravesar una parte de la Francia, en la que su itinerario debía estar marcado por fiestas. Despues de Marsella, la magnífica ciudad, tan rica, tan importante, tan bella, que Enrique IV exclamó al saber su sumision: «Amigos míos, ahora es cuando puedo llamarme rey de Francia, porque acabo de entrar en posesion de la mas rica joya de mi corona;» despues de Marsella, Aix, la antigua silla de los parlamentos de Provenza, Orange, orgullosa por sus antigüedades romanas; Montelimart, con sus recuerdos de la edad media; Valencia, que se eleva como la reciénvenida de aquellas comarcas; Vienne, toda romana aun en su arquitectura, tanto ha sabido edificar para la eternidad la mano del pueblo rey, Vienne con su gótica iglesia de San Mauricio, admirable por aquella gigantesca nave,